

El mundo en la globalización

Por Leopoldo ZEA

CCYDEL, Universidad Nacional Autónoma de México

El Occidente, un pequeño lugar del mundo

EL PAPA JUAN PABLO II, en esa Cruzada que obliga a su maltratado cuerpo a servirlo, está empeñado en hacer patente la grandeza del privilegiado ente que forma la diversa gente de la humanidad. El Papa ha propuesto que no se hable más de globalización, sino de mundialización. ¿No es lo mismo? Sí, pero la globalización ha perdido su auténtico sentido, como lo ha perdido el neoliberalismo. La primera es vista como equivalente al imperialismo y el segundo como capitalismo salvaje.

Comenta Heidegger en *¿Qué es metafísica?* que el filósofo, para serlo, ha de ser metafísico. ¿Abstracto? No, por el contrario, lo más real y concreto que puede existir, porque debe ser expresión de poder como algo concreto, no abstracto. Sólo hay un ente en la creación capaz de preguntar y dar respuesta a la eterna pregunta “¿qué es el Ser?”: el filósofo. Lo puede hacer porque posee esa peculiar y divina chispa que es la capacidad de entender y hacerse entender, esto es, como razón y como palabra. Y de este don, dice, sólo ha tomado plena conciencia el occidental, que sabe lo que implica la voluntad de poder.

Obviamente —dentro de esta concepción de la filosofía—, gente que trata de filosofar desde fuera de Occidente, hará simplemente una mala e inútil copia, algo que nunca podrá ser plenamente.

El Occidente es lo opuesto geográficamente al Oriente, es sólo una pequeña parte del mundo. Geográficamente el noroeste de la totalidad del planeta tierra. En este sentido es importante leer el trabajo de Martin Heidegger sobre Federico Nietzsche, con quien contrapone sus propias reflexiones sobre el mundo y la cultura occidentales.

Nietzsche es una angustiada expresión del Occidente y su cultura. Expresión de voluntad de poder por el poder. Nietzsche es el filósofo por excelencia de la cultura occidental que dice:

No quiero convencer a nadie a que se dedique a la filosofía: es necesario, quizá deseable, que la filosofía sea una planta rara.

La filosofía tiene poco que ver con la virtud, ni tampoco con el hombre de ciencia. El filósofo es algo fundamental.

Es en los tiempos de gran peligro cuando aparecen los filósofos y ocupan el lugar del mito. Éstos son enviados con mucha anticipación. Un pueblo que es consciente de sus peligros engendra el genio.

Por ello se hace presente cuando pelagra su identidad. ¿Eso significa —preguntaríamos— lo sucedido el 11 de septiembre? ¿Está en peligro la voluntad de poder que es el Occidente? ¿Cuáles son los peligros? ¿Dónde está el mal capaz de dañarlos? Está en los otros, en los del otro lado geográficamente, pero también en los del Sur, que hagan lo que hagan jamás podrán ser sus semejantes.

Al terminar la primera Guerra Mundial, Oswald Spengler escribió un libro sobre la decadencia de Occidente. Las culturas —dice— nacen, florecen, maduran, entran en decadencia y mueren. Parece que ahora es el momento de la muerte de la cultura de Occidente. El origen de esta decadencia y muerte se gesta —dice— al otro extremo de la Tierra, allí donde habita gente de raza amarilla y ojos oblicuos que nada tienen que ver con los valores occidentales. El peligro vuelve a surgir al finalizar el siglo xx y el segundo milenio de la era cristiana, y nuevamente surge del otro lado del planeta, en Asia. Ahora aparece Samuel Huntington, que escribe sobre el choque de civilizaciones. Occidente y Oriente.

Tanto él como su discípulo Francis Fukuyama, de origen japonés, aceptan la emergencia de Asia, la Cuenca del Pacífico y Oceanía, pero no su capacidad para asimilar los valores occidentales de democracia y libertad. Fukuyama va más lejos y muestra el fracaso mismo de su nación para el buen uso de la economía de mercado. Esto se hace patente cuando esa misma gente de color hace suyas la ciencia y técnica occidentales, las copia, mejora y abarata. Pero lo que no podrá hacer es apropiarse de los valores de la cultura occidental.

Los sucesos del 11 de septiembre mostraron a Francis Fukuyama que él nunca podrá ser parte de la cofradía de los Amos del Universo. El color amarillo de su piel y lo oblicuo de sus ojos hacen patente que nunca, haga lo que haga, podrá ser uno de ellos, como tampoco un robot que haya de servir a los amos; por humano, demasiado humano. La capacidad de la genética para combinar los cromosomas propios de lo humano, permite transformarlos en esclavos, más confiables y durables que la gente que forma su entorno, el mundo. La cultura occidental sabe ya cómo hacer realidad el Superhombre del que hablaba Federico Nietzsche. Que no es un hombre, sino un robot capaz de servir a los amos del universo sin las trabas de lo humano, demasiado humano.

El Occidente no necesita nada de los que están en las antípodas, tanto al Oriente como al Sur. Gente que queda sin nada que les dé sentido, sin conciencia de su mismo fin. Esta gente está destinada al basurero de la historia. El Occidente seguirá imponiendo sus reglas morales al mundo.

¿Es el fin del mundo? ¿Es el triunfo de la globalización y el capitalismo salvaje? ¿Qué va a pasar con el mundo? ¿Qué va a pasar con la Providencia que dio origen a gente sin capacidad para patentizar su existencia? Los globalizadores han triunfado y no necesitan ya de la misma Providencia. La Providencia son ellos.

Pero la gente supuestamente marginada posee sus propios valores, opuestos a la simple voluntad de poder por el poder y surge ahora fortalecida en su milenario empeño por vencer la resistencia de los que le niegan capacidad de emerger. Emerge pero no para imponerse por ser más fuerte, sino para integrar la diversidad de expresiones de lo humano en un solo gran empeño, para el logro de la democracia como gobierno del pueblo, ejercido por el pueblo y en beneficio de la diversidad de la gente que lo forma. Un auténtico nuevo mundo, y por nuevo abierto a todas las diversas gentes que forman la humanidad. Portando valores que la arrogancia occidental trató inútilmente de encubrir.

Mundialización es el término adecuado para hacer patente la grandeza de la gente que no quiere para sí nada que no quiera para los otros, sus semejantes. Y juntos pueden luchar por alcanzar un desarrollo compartido como base de una auténtica democracia y garantía de libertad personal. Éste es el mundo en que estamos viviendo. Un mundo de gente concreta y por ello diversa entre sí. Y por serlo, semejante. Gente que no siente envidia pero sí coraje para enfrentar a quienes se empeñan en mantener privilegios levantados sobre el trabajo, riqueza y miseria de los otros. Un mundo en el que no hay Occidente ni Oriente, Norte y Sur, geográfica expresión de su diversidad, de su ineludible unidad. Donde nadie falte ni nadie sobre.

No se trata de nuevas utopías, sino de realidades que sólo ese ente privilegiado que forma la humanidad puede hacer patente, preguntando y contestando, ¿qué es el Ser? Esto es: ¿quién soy yo que puedo preguntar y responder?

Quizá es la respuesta que con angustia buscaba Federico Nietzsche, al que Stefan Zweig describió en su trilogía *La lucha contra el demonio*. Lo que, con una humanidad desollada, sintió el filósofo alemán. En esta lucha participaron Ricardo Wagner, Franz Liszt y el maestro de todos, Goethe, que describió la cabalgata de los nuevos jinetes del Apocalipsis,

los que aspiraban a ser los amos del universo; en su empeño por detener el tiempo, la historia, Fausto dice: “Detente tiempo, eres tan bello”.

Terrorismo, represión y derroche

EL Tercer Milenio se anuncia en forma tal que, más que un cambio, parece la tela que tejía Penélope en el día, que se deshacía en la noche. Un cambio que nos regresa a los tiempos violentos de la historia que con tantos sacrificios fue tejiendo la humanidad. Y todo esto se pone en marcha en el continente con el que tropezó Cristóbal Colón en 1492 buscando el otro lado de su propio y ya viejo continente. Un Mundo Nuevo oculto por la Providencia. Descubrimiento que puso en marcha la plenitud de la historia. Continente que fue bautizado como América, en el que se ha dado cita la diversidad de la gente que forma la humanidad.

Ahora el mundo se encuentra aterrorizado, convirtiendo la grandeza del ingenio humano en simple humo. El extraordinario desarrollo alcanzado en varios milenios se desvanece ante los nefastos demonios que se han desatado. Demonios que, se dice, la misma Providencia ha creado para tomar conciencia de sí misma. La Providencia que tiene como espejo la más indefensa de sus criaturas, la gente que en su diversidad forma la humanidad.

Estos demonios aterran, espantan a la misma gente para que el Creador sea consciente de su grandeza. Gente físicamente pequeña, pero que lleva dentro una chispa de su Creador con la que éste toma conciencia de sí mismo; pero no son el Creador y deben ser conscientes de su pequeñez para que no intenten ser semejantes al Creador. Un mal día, en una fecha exacta —el martes 11 de septiembre del inicio del Tercer Milenio— parece volver el caos, la prehistoria. La gente debe someterse humildemente a los demonios que generó su Creador.

Todo esto también se inicia en el continente con el que tropezó en 1492 Cristóbal Colón. De este continente ha partido el terror que trata de globalizarse, el miedo que los demonios sueltos tratan de infundir para que se sometan, no al Creador, sino a una de las débiles criaturas que forman la humanidad. Repetir la hazaña como agentes del Creador.

Después de los sucesos del 11 de septiembre, gente de esta América trata de someter a su propia gente y la del resto del mundo para que acepten su dominio, como única posibilidad de salvación del terror desatado; incluida Europa, que ya fue sometida antaño en la Guerra Fría que le impuso Harry Truman para enfrentar el terror, suscitado por

Stalin desde la Unión Soviética. “Para que pueda enfrentar al demonio Stalin, llene de terror a su propia gente”, le dijo un consejero.

El terror, el miedo infundido se hace patente en todas partes, centralmente en Europa, que no está dispuesta a someterse a Estados Unidos, como se sometió por terror a Stalin. ¿Miedo a qué? ¿A la gente del llamado Tercer Mundo? Ésta no tiene el poder de los soviéticos, del Japón, ni de Adolfo Hitler.

Sin embargo, el miedo está en los huesos, los poderosos medios que lo difunden tienen dueños y los sirven. Ellos son también gente pequeña como cada uno de nosotros, pero utilizan medios que hacen pensar lo imposible como posible. Este miedo se hace patente en los aviones comerciales, aeropuertos y lugares públicos. Allí oculto está el demonio que nos arrastrará al abismo del terror sin fondo.

En los aviones y aeropuertos y otros lugares, no se ponen cuchillos de metal, sino de plástico. ¿Los tenedores no pican, como pican mis uñas y tienen fuerza generada por manos y brazos para hacer algo más de lo que se puede hacer con un cuchillo de metal? ¿Dónde está el demonio? ¿Dónde están los demonios que van a destruirme? ¡Muy sencillo, se les conoce por el color de sus ojos, su piel, sus hábitos y costumbres! ¡Hay que perseguirlos, destruirlos y expulsarlos! Su color, su olor, idioma, religión, hábitos y costumbres los delatan, son el diablo. No hay que permitir que lleguen más y hay que expulsar a los que ya están.

América, el Nuevo Continente, en el que se dio cita gente de todas las razas y culturas, vuelve al vacío del que se supone nunca debió salir. Hay que enfrentar a los demonios y para ello someterse al Creador, que ha encarnado en una gente que quiere volver a un pasado que no puede ya repetirse.

El mundo es de los ricos, a los que en vano han querido despojar de su riqueza. Ricos que ahora tienen que hacer patente su riqueza con derroche. Sólo los que sean capaces de competir y triunfar pueden unirse a ellos. Pero tendrán que ser más fuertes para no ceder a viejas mañas de los que se consideraban dueños del mundo.

En su mundo sólo podrán imponerse los más fuertes. Las colonias no son ya necesarias, por el contrario, su gente sólo puede ser una carga. Ya no hacen falta sus materias primas, ni su mano de obra barata. Hay que expulsarlos a todos. Primero a los que se diferencian por su raza y su cultura, segundo a los que no han tenido ni tendrán posibilidades en la inevitable competencia.

Frente a ellos sólo cabe el alarde del despilfarro y con ello quedó claro que no son ya necesarios. Lo cierto es que los ricos son cada vez

menos y los desempleados, por innecesarios, cada día más. Y surge la pregunta ¿se va a detener el desarrollo, la producción que necesita de consumidores? Ya no sólo sobra gente de diverso color, sino también gente que no es capaz de consumir porque carece de empleo. ¡No basta ser cien por ciento americano o europeo, lo que hace falta es tener dinero y éste va disminuyendo al acrecentarse el desempleo!

Fueron los más de los pobres que aumentaron el superávit al incorporarse a la economía estadounidense. Pero ahora lo que se impone es la capacidad de rapiña, de los que ven en los marginados gente que sólo sirve para mantener su opulencia y cuando no sirva se la bote como algo inútil.

Bill Clinton fue interrogado sobre el futuro de la gente que incorporó al Sueño Americano:

¿Después de usted el diluvio para esta gente? ¡No —contestó— porque esta gente sabe ya que ha emergido contando con su propia fuerza y saben lo que la misma significa para mantener el desarrollo alcanzado [...] Será extremadamente difícil que a esta gente se la mande al vacío o vuelva a someterse a los intereses de sus manipuladores!

¿Es a esta gente a la que se quiere aterrar? ¡No, lo que se quiere es presentarla como la fuente del terror que hay que erradicar para que se mantenga el derroche. Que esta gente haga el trabajo sucio y cuando termine regrese al lugar que le corresponde, para cuando no sirva, morir allí!

Esto no es posible. La resistencia no sólo está dentro de Estados Unidos, sino también a lo largo del mundo, la gente que se resiste sabe que con sus riquezas y mano de obra barata hicieron posible el desarrollo, y lo que quiere es compartir los frutos del mismo.

Bush y su informe a la nación

APENAS el 29 de enero del 2002 George W. Bush presentó al Congreso de Estados Unidos su Informe sobre el estado de la Nación. Un discurso ampuloso, que trató de superar el último informe de su padre en 1990 al término de la Guerra Fría, a la que siguió la Guerra Sucia, Bush hijo trata de devolver a Estados Unidos el poder mundial de decisión que tuvo en la Guerra Fría.

En 1990 ya no estaba Hitler con su poderoso ejército ni el imperio japonés que casi acaba con la Flota del Pacífico y tuvo que ser vencido con dos bombas atómicas. Fue éste el problema con el que se encontró

George Bush padre, que decidió continuar haciendo de los pueblos del llamado Tercer Mundo, el enemigo a vencer. Declaró la guerra al que fuera su servidor y no era el socio que pensaba, Saddam Hussein, de Iraq.

La misma guerra del Bien contra el Mal, que se venía combatiendo desde el gobierno del presidente Ronald Reagan. Pero los socios en Europa no siguieron a Bush padre, como tampoco los vencidos japoneses, los sometidos países asiáticos ni Oceanía. La Guerra Fría había generado nuevas fuerzas de poder económico en Europa y Asia, que dieron origen a la economía de mercado, fuerzas que no estaban dispuestas a volver a quedar bajo la hegemonía estadounidense.

Sin embargo la declaración de guerra contra Iraq enloqueció a los estadounidenses. En 1992 el presidente Bush padre se vio obligado a dejar los centros de poder mundial, sufría una grave crisis económica. Perdió las elecciones frente al desconocido candidato demócrata Bill Clinton.

George W. Bush sufre ahora una nueva crisis económica por el manejo que hizo de la herencia económica de Bill Clinton. Por ello pretende regresar el reloj de la historia al momento en que su padre había perdido el poder, declarando la tercera Guerra Mundial contra el terrorista fundamentalista y servidor de Estados Unidos Osama bin Laden, cuyos familiares han sido y son socios de su padre.

Bush hijo empezó su informe hablando de Estados Unidos y el mundo, en lo que insistió, alarmando a los estadounidenses que lo escuchaban. La guerra empieza contra el terrorismo en Afganistán y seguirá hasta apresar y encadenar a todos los talibanes en cualquier lugar de la tierra donde se encuentren. No sólo contra el terrorismo fundamentalista islámico, sino contra cualquier expresión que justifique intervenir a lo largo y ancho de la tierra. Porque enemigos de Estados Unidos serán todos los que no acepten su hegemonía y por ello todos deberán unirse a sus filas para combatirlos.

“Nuestro ejército —dice Bush en su informe— ha puesto fin a los campos de entrenamiento terrorista. Sin embargo sus cabecillas han escapado. Se les perseguirá y castigará al igual que a los países que les den asilo”. La guerra apenas ha empezado y será tan larga como largo será el poder de Estados Unidos sobre el mundo.

Bush habla de la exitosa Cruzada de su ejército y muestra el fondo de esta titánica lucha del Bien contra el Mal: por supuesto, el Mal reina entre quienes viven en la miseria más absoluta, como el Bien habita en los rascacielos que parecen gritar “Dios con nosotros”, lo que hace patente esariqueza y desarrollo.

Cualquiera de nosotros —los subdesarrollados en supuesto desarrollo— siente vergüenza ajena al ver los campos de batalla elegidos por el Bien para anular el Mal. Gente como arrancada de la Biblia huye perseguida por aviones de caza y bombarderos que no se pudieron usar contra la Unión Soviética. También se ve a prisioneros encadenados que serán juzgados, condenados y ejecutados secretamente, como lo hacía Hitler.

La comunidad internacional está reaccionando con energía. ¡Eso no es guerra, es locura y exigen a Estados Unidos dar a los presos el trato que merecen los prisioneros de guerra! No son prisioneros de guerra, se contesta, son delincuentes sin derecho alguno. Y a estos delincuentes se les seguirá buscando para ejecutarlos sumariamente.

La cacería se extiende a nuestra América, que por su persistente miseria, raquítrico desarrollo y subdesarrollo no puede pertenecer al ejército de los buenos, pese a ser la misma América en la que el padre de Bush encontró el único mercado con que podía contar, después de perder Europa, el Continente Asiático, la Cuenca del Pacífico y Oceanía.

Por ello el patriarca de la resistencia al Bien, Fidel Castro, ha sido y seguirá, por los siglos de los siglos, siendo el Malo. Pero no está solo, le sigue el diabólico bolivariano Hugo Chávez, como antes Alberto Fujimori y nuestro no menos diabólico PRI. La guerrilla en Colombia, que se alimenta con secuestros y matanza de inocentes, está ya en la mira que permitirá a Bush hijo penetrar en la región. Esta guerrilla lo enfrenta ahora, como lo están enfrentando ya otras gentes y pueblos.

Pueblos como el nuestro no tienen más fuerza para la dignidad. El gran mexicano de origen indígena Benito Juárez sostenía que el respeto al derecho ajeno es la paz, lo que Genaro Estrada actualizó con la Doctrina que lleva su nombre: México exige el respeto a su soberanía y la no injerencia, y en sus relaciones con otros pueblos respeta las decisiones soberanas de los mismos. Respeta a tus semejantes como quieres que ellos te respeten.

Claro que el Bien por excelencia tiene agentes, no socios, en todos los lugares de la tierra. Gente buena que considera que haga lo que haga está bien hecho. Sin embargo, la Comunidad Europea, que no está dispuesta a someterse nuevamente a la tutela estadounidense, ha reaccionado, ofreciendo su apoyo a Yasser Arafat para crear su nación en tierras que también son milenariamente suyas. La ministra de Relaciones Exteriores de Suecia ha calificado la doctrina expuesta por Bush como “errónea, tonta y muy peligrosa”. La Comunidad Europea está actuando ahora bajo la bandera de la ONU para hacer respetar sus acuerdos y preservar la paz.

Bush considera que no hay más ley que la suya y actuará en consecuencia, pero por mucho que culpe a Bin Laden, la crisis económica sigue golpeando a Estados Unidos. Ésta fue la respuesta a su informe del representante demócrata. El pueblo de Estados Unidos —dijo— no quiere guerra, lo que exige son empleos, no *vendettas*. Exigencia que también se hace patente a lo largo de la tierra y está obligando a los ricos a ver la relación que guarda su riqueza con la capacidad de los pobres para consumir y ya habla de compartir. En pueblos como Brasil se niegan a seguirsiendo marginados, como se niegan a serlo en otros lugares de la tierra.

En el informe del presidente George W. Bush estaba la senadora Hillary Clinton, enfocada en varias ocasiones por la televisión, que aplaudía a rabiar. Hizo algo más, Hillary Clinton visitó Jerusalén, donde se reunió con el primer ministro israelí, el carnicero Ariel Sharon. Lo felicitó por enfrentar al líder palestino Yasser Arafat, al que acusó de terrorista y de buscar lo que estaba recibiendo. Era el corte total con Bill Clinton, que enfrentó el problema de otra manera. Para su hija Chelsea Clinton debe de haberse agrandado el gran choque que sufrió al tratar de comprender por qué el mundo odiaba a Estados Unidos, lo que no sucedía cuando gobernaba su padre.

Bush recibió una mala noticia, proveniente de las secas tierras que castigaba con su tecnología de precisión. Nueve soldados estadounidenses y varios combatientes afganos que colaboraban con Estados Unidos murieron en violentos combates, la mayoría al ser derribado un helicóptero MH-47 Chinok. De esto informó el jefe del Pentágono David Rumsfeld. Un segundo helicóptero también fue atacado y su gente pudo escapar. ¿Había empezado otro Vietnam, donde se fue acrecentando el número de los soldados, no técnicos, que regresaban en sacos de plástico?

¿Se inmutó el presidente Bush? “Dirigimos —dijo— nuestras plegarias y nuestras lágrimas a las familias de aquellos que acabamos de perder”. Pero “la defensa de la libertad es una causa justa y noble que defenderé mientras sea presidente de Estados Unidos”.

No se detendría la guerra, habrá más muertos, el presidente lo dijo en su Informe. Habrá que pagar por esta Cruzada con los muertos que sean necesarios. ¿Vale la pena morir por algo que su presidente no quiso hacer en Vietnam? Lo que sigue es la amenaza de un colapso económico: ninguna guerra o Cruzada podrá ocultar Enron.

El terror en su laberinto

COMENZARON los horrores del terrorismo el nefasto día en que el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, puso en marcha su promesa de devolver a los ricos lo que su antecesor, William J. Clinton les quitó incorporando a los marginados estadounidenses a la economía del país.

George W. Bush había mostrado su interés por esta política, interés que supo de inmediato le impediría ser el candidato del partido republicano al que perteneció su padre. Su meta debería ser regresarle a Estados Unidos el poder mundial que le dio la Guerra Fría, ya que al terminar ésta, su padre fue la gran víctima del cambio.

La devolución a los ricos de lo que consideraban habían sido despojados puso en crisis los logros económicos de su antecesor. ¿Qué hacer? Poner en marcha la tercera Guerra Mundial. Entonces se inicia a partir del 11 de septiembre del 2001 la guerra contra el terrorismo, sembrando el terror a lo largo del planeta.

¿Fueron una provocación los horrores del ataque terrorista al centro del poder económico de Estados Unidos? ¿Esta provocación pondría fin a la crisis económica? El terror represivo permitiría la injerencia planetaria de Estados Unidos, supuestamente como en la segunda Guerra Mundial. Esta pretensión ha entrado en un laberinto del que será difícil salir bien librado, al no gozar Bush de la legitimidad de la que un presidente debe gozar, desde que sobre el voto del pueblo se impuso el de la Suprema Corte.

Los tiempos han cambiado y muchos de los que tuvieron que aceptar la hegemonía militar de Estados Unidos, triunfante sobre la Alemania nazi y el militarismo de Japón, Europa y Asia, ya no están dispuestos a someterse como en el pasado.

Este cambio se da en el conjunto de pueblos que forman el continente asiático, que eran parte del llamado Tercer Mundo bajo el poder occidental encabezado por Estados Unidos. Esta región del mundo no está dispuesta a volver a ser colonia del mundo occidental, incluida Europa. Juntos, Asia y la Cuenca del Pacífico crearon, también con Europa, la economía de mercado, de la cual quedaron fuera Estados Unidos y la Unión Soviética, haciendo inútiles las armas tan sofisticadas utilizadas por ambos en la Guerra Fría.

La injerencia estadounidense en Afganistán, para supuestamente castigar por el atentado del 11 de septiembre, ha provocado la resistencia de los señores que en el pasado enfrentaron al fundamentalismo talibán de Osama bin Laden, en esa región transformada en escaparate

del poder represivo estadounidense, región inhóspita, árida, con gente que parece arrancada de los tiempos bíblicos.

Quienes en la Guerra Fría buscaron la desarticulación de la Unión Soviética, ahora ven que Vladimir Putin, quien se considera heredero de Pedro el Grande, trata de recuperar esta región bajo la hegemonía rusa a lo largo de su historia. George W. Bush, empeñado en su terrorismo represivo para mantener y justificar sus errores políticos y económicos, tropieza con el nuevo jefe que no da nada, sino al contrario, actúa como habría actuado la Unión Soviética.

En las fronteras de Afganistán se encuentra el poderoso pueblo del Tercer Mundo que emergió al terminar la Guerra Fría: China, potencia cuyo artífice fue Mao Tse Tung. La China de Mao se hizo del poder bajo la explotación colonial occidental, fuerza que sirvió a los colonizadores pero que ahora sirve a la grandeza de China: "Nuestro pueblo tiene manos, brazos, uñas, y por su número puede hacer lo que otros pueblos no han podido".

Obviamente China no está dispuesta a trabajar sin descanso para lograr la grandeza de sus explotadores. A este pueblo se acerca ahora Putin, el líder ruso, para que junto a otros pueblos de Asia vuelvan a repetir: "¡yanquis go home!". El mismo grito que escuchó el padre del presidente Bush al terminar el poder que le otorgaba la Guerra Fría.

En la Comunidad Europea existen gobiernos como el de España e Italia que ven en la capacidad represiva del presidente George W. Bush un instrumento para resolver los problemas del terrorismo que allí se han formado. Otros, como Alemania y Francia, consideran que no necesitan de este poder para mantener sus intereses. Países que tienen su propia derecha se deslindan de la injerencia estadounidense, como por ejemplo en Francia, Jacques Chirac o el caso extremo de Jean-Marie Le Pen, racista que considera a Estados Unidos una potencia judía.

No le queda al presidente George W. Bush otra región donde imponer su hegemonía sino en lo que consideraba el traspaso de sus intereses, Nuestra América, la llamada América Latina, que ahora abarca a los mismos Estados Unidos después de la gestión de Bill Clinton, que incorporó a los estadounidenses marginados a esa nación, permitiendo la inserción de Estados Unidos a la economía de mercado.

George Bush, padre del actual presidente de Estados Unidos, para incorporarse a esta economía necesitaba de mercados que anteriormente encontraba en Europa, Asia y la Cuenca del Pacífico, pero ahora sólo le quedaban en la región de América Latina. Pero la gente pobre

no consume, así que había que potenciar la capacidad de consumo. Esta posibilidad fue ofrecida por George Bush padre a América Latina.

Latinoamérica está formada por pueblos mestizos en su mayoría, que desde el inicio de la expansión estadounidense se resistieron a ella con dignidad. Esto lo sabía el presidente Bush. Ahora el hijo pretende amedrentar a estos pueblos para que acepten su hegemonía, la cual perdió al terminar la Guerra Fría. Estados Unidos manda armas y se hace de prisioneros, en vez de ofrecer desarrollo autónomo para que se acepte no una economía, sino una política de poder por el poder. ¿No le queda a nuestros pueblos otra alternativa más que caer con dignidad?

De estas presiones, nuestra América ya es consciente. Sin embargo, también se está haciendo patente algo: la resistencia con dignidad. De igual manera sabe de la importancia que, por su número de gente, tiene esta región para ser un extraordinario mercado. Por ejemplo, Brasil, todo un continente, es el puntero de esta acción y no únicamente de resistencia.

Lo saben Cuba, Venezuela, Colombia, la región andina, Argentina y Chile. Por su volumen y capacidad esta región está enfrentando al hombre que parece no saber que para tener mercados no necesita de muerte y represión como instrumento de desarrollo, ya que los mercados no se forman con violencia, muertes, presiones y, menos aún, con despidos injustificados para obtener mayores ganancias.

El continente americano se perfila como el más extraordinario mercado que puede existir; ello depende de la capacidad de su gente para compartir lo que juntos, trabajadores y empresarios, son capaces de producir y consumir.

La gran promesa: diáspora, genocidio y holocausto

EN este nuevo milenio de milenios y nuevo siglo, estamos viviendo a nivel mundial brutalidades nunca antes vistas. En el siglo pasado hubo dos grandes guerras, ambas iniciadas en Europa, y un gran ganador: Estados Unidos, prolongación de la expansión de Europa sobre el mundo a partir de 1492, que se suma como el gran acreedor y el heredero de la Gran Promesa hecha por el Creador a Israel.

Promesa cuyo fundamento se encuentra en el Antiguo Testamento, donde se habla de la lucha del Bien contra el Mal, el maniqueísmo. El Mal se encarna en todos los pueblos y gentes que se oponen al Destino Manifiesto expreso como triunfo absoluto. Los herederos de este Destino se revelan por el color de su piel blanca, su origen báltico, anglosajón

y su fe puritana. Eso se hace expreso en los padres de Estados Unidos: George Washington y Thomas Jefferson. Fuera están los nativos de piel roja, los judíos semitas y los papistas católicos.

¿Qué es lo nunca antes visto? Tanto en la primera como en la segunda guerra se enfrentaron ejércitos armados. La brutal carnicería se hizo en las trincheras y poco después con artefactos mecánicos como los primeros tanques. La aviación implicó un gran cambio: castiga no sólo a trincheras, sino a ciudades y con ellas a civiles inermes. Por el dominio de Europa y sus colonias se enfrentaban viejos imperios europeos con emergentes naciones.

La segunda guerra, plenamente mundial, surgió de las cenizas de la primera, de la vencida Alemania, que volvió contra los que la alentaron para imponer su hegemonía en Europa y detener el comunismo ruso que surge en Rusia en 1917. Se habla del predominio de una raza, la aria, y de ello resultó el genocidio que sufrieron comunistas y gente de color, así como los judíos que controlaban los bancos. Es la Alemania de Adolfo Hitler.

Por estos extraños caminos la Promesa hecha a Israel será asumida por un pueblo que estaba en las antípodas de Israel. Contra el Kaiser, en la primera guerra, como contra Hitler junto con Japón en la segunda, se impusieron los mejores en armas de destrucción hasta llegar a la bomba atómica, que por su total capacidad destructiva ha sido instrumento de chantaje para equilibrar el poder de los Estados Unidos con el de la Unión Soviética, ambos vencedores de la Segunda Guerra y protagonistas en la Guerra Fría.

En la Guerra del Golfo, Iraq tenía armas y su ejército había sido entrenado y armado por la CIA para enfrentar el fundamentalismo islámico de Irán. Saddam Hussein fue castigado por Estados Unidos, porque se tomó atribuciones que no corresponden a su servidumbre. No se le aniquila, porque sigue siendo útil frente a Irán.

En las guerras que libran juntos Hitler y el Imperio del Sol Naciente, se enfrentan poderosos ejércitos armados. Ahora las mismas armas se usan en tierras abandonadas por la Providencia, sobre gente que parece sacada de la Biblia. Armas que se usan ya en nuestra América.

Lo paradójico es que vemos a un israelí, como Ariel Sharon, cobrándose en gente inermes y sin más armas que sus endebles cuerpos la dispersión que les impuso el romano Tito y el genocidio que les impuso Hitler. Lo hace al servicio de la misma potencia que los persiguió por ser judíos, la potencia que se presenta como legítimo heredero de la Gran Promesa hecha a Israel.

¿Cuál fue la gran promesa hecha por el Creador a Israel? El Creador, no Yahvéh, que es un dios hecho a la medida de lo que creyó entender Abraham. El Creador dijo: “A este pueblo que ha reconocido mi existencia, como Dios único le enviaré a mi hijo, que soy yo, que tomará carne como ustedes los mortales y con él se cumple la Gran Promesa. De este pueblo emergerá la Nación de naciones y la Raza de razas. Mi hijo, el Mesías, les enseñará el camino para hacerlo”.

¿Entendió el mensaje Abraham? Abraham tenía su idea del Creador como Yahvéh, que demandaba servidumbre absoluta de los mortales y podía exigir a su siervo el holocausto de su primogénito, como se hacía con ovejas, pero no con humanos. Abraham entendió “de tu pueblo, por obediente, surgirá una Nación sobre todas las naciones y una Raza sobre todas las razas”. ¿Era ésta la Gran Promesa?

En lugar del esperado Mesías y sus ejércitos, llegó otro judío, llamado Jesús, que se ofrece en holocausto en la ignominiosa cruz para asumir los pecados de las diversas gentes que forman la Humanidad. La promesa se cumplió en el corazón de la Roma pagana, donde en el Vaticano un representante de Jesucristo gobierna la Cristiandad.

¿Cómo fue posible? A Cristo no le siguieron los fariseos, que dejaban de ser enlace entre el Creador y el poder político. ¿Quién siguió al Mesías? Le siguieron los judíos más humildes, los más simples porque eran limpios de corazón. Los pastores y pescadores que marcharon con la Promesa hacia Roma y como Cristo se ofrecieron en holocausto para que nadie más tuviera que hacerlo por sus pecados.

Por eso se habla de cartas pastorales, de pastores, que posibiliten la gran Promesa que sólo con la gente que forma la humanidad puede hacerse realidad. Por eso desde el Vaticano el Pontífice condena todo intento de segregar a gente por su diversidad. Como aquí en México se quiere hacer con los indígenas que la Revolución alcanzó a liberar. Juan Pablo II dice: “¡No se puede negar a esta gente, por su diversidad, su derecho a gozar de la Promesa hecha por Cristo para que goce de la herencia, de la Promesa judeocristiana hecha realidad”.

Quienes como Abraham entendieron mal el Mensaje de la Gran Promesa fueron una y otra vez castigados, casi con su total genocidio, y siguieron esperando al Mesías armado que nunca llegó. Así hasta nuestros días. En la antigüedad, los judíos, sin más armas que sus cuerpos, prefirieron el holocausto en las alturas de la fortaleza de Masada, donde un grupo prefirió la muerte antes que cualquier humillación a su dignidad como humanos.

Tan antiguos como los israelitas fueron los filisteos o palestinos, como también los hijos de Agar, concubina de Abraham que engendró

a los pueblos que un profeta, Mahoma, integró y les dio fe, para mediar entre la familia del padre y la de la madre.

Dos mil años después de la diáspora, Israel reclama a los habitantes de esa tierra su derecho a vivir en ella, pero no para hacer realidad la Gran Promesa, sino lo que entendió el pequeño terrateniente Abraham.

Para lograr un lugar en esas tierras, los israelitas hicieron terrorismo como ahora lo hacen palestinos e islámicos, que sólo cuentan con sus endebles cuerpos que ofrecen en holocausto para hacer realidad la Promesa hecha a las gentes que forman la humanidad.

David, con su honda, es ahora palestino, y como en Masada unos judíos se enfrentaron al imperio romano, ahora los palestinos lo hacen en la humilde cuna del Mesías que trajo la Gran Promesa.

El Mesías esperado por judíos como Ariel Sharon ha llegado, y lo encarna el presidente de Estados Unidos, George W. Bush, que llegó armado y pone a su servicio a todos los hombres, inclusive los judíos.

La tragedia de Tierra Santa

Al extremo oriental del Mediterráneo se encuentra una pequeña franja conocida como Tierra Santa, donde surgió el monoteísmo en sus diversas y encontradas expresiones: el judaísmo, que engendró al cristianismo, como ambos al islamismo. Son tres expresiones de una misma religión, sin embargo, sus contradicciones se hacen patentes de manera trágica en nuestros días.

El judaísmo lo origina un pueblo que ha sufrido la más brutal violencia a lo largo de la historia, víctima de sus vecinos y de los grandes imperios: asirios, caldeos, persas, griegos y romanos, hasta llegar a la peor de las persecuciones y genocidios cometidos por la Alemania hitleriana.

El pueblo judío soportó la milenaria violencia haciendo de este sufrimiento holocausto y ofrenda al Dios único. Como castigo que el airado Yahvéh imponía a la desobediencia de su pueblo. Aceptar el castigo originaba el perdón, junto con el castigo para quienes habían violentado al pueblo elegido, quienes no habían reconocido al único dios y en su lugar adoraban ídolos.

Los profetas anuncian los castigos, pero también el perdón al pueblo que reconoce sus errores. Surgen jueces como instrumentos de Dios para castigar mortalmente a los infieles. Allí están Moisés castigando con las siete plagas a Egipto por esclavizar al pueblo de Dios; Josué derrumbando murallas, Sansón destruyendo el templo pagano y

aplastando a los filisteos, el joven David derrotando a Goliat con la piedra de su honda. Y más tarde Nabucodonosor y otros son destruidos por su impiedad.

Así sucede hasta el surgimiento del imperio romano, cuyo poder parece imposible de doblegar. Se habla en las Sagradas Escrituras del Mesías, hijo de Dios, haciéndose hombre, que llegará con su espada y su ejército de ángeles para abatir a gigantes como Roma. Pero ¿cuándo llegará?

Un día nace en un establo de Belén un niño que se llamará Jesús. ¿Será éste el Mesías? Tres reyes, llegados de diversas regiones del mundo, lo han visto escrito en una estrella a la que han seguido. Pero ¿cómo va a poder vencer este pobre niño, sin ejército alguno, a la poderosa Roma? Por las dudas, Herodes hace matar a todos los infantes de Belén. Pero no a Jesús, cuyos padres lo esconden, huyendo con él.

Jesús, hecho hombre, empieza a predicar algo distinto a lo que se espera del Mesías prometido: amor y no guerra. En lugar de violencia, habla de tolerancia y comprensión. Éste no puede ser el Mesías prometido. Sin embargo, los humildes judíos le creen y lo siguen formando un extraño ejército que, en lugar de contestar a la violencia con violencia, ofrece su otra mejilla. ¿Hasta dónde irá este supuesto Mesías?

Hasta el sacrificio, el holocausto. Este Mesías se ofrece en sacrificio por todos los pecados cometidos por la gente de la tierra, para que nunca más tengan que inmolarse. Jesús muere en la humillante cruz destinada a los malhechores, con el fin de que nunca más la gente haga violencia contra sus semejantes. Sus discípulos siguen su camino marchando por todo el imperio hasta llegar a Roma, donde se ofrecen en holocausto.

¿Éste es el infamante mensaje del supuesto Jesús? Otros judíos, por el contrario, proponen luchar contra Roma, y ésta contesta enviando a Tito, hijo del emperador, para que castigue a los rebeldes. En el año 70, después de la muerte de Cristo, Jerusalén es destruida y su pueblo dispersado. Empieza la diáspora que abarcará milenios.

Los seguidores de Jesucristo han aumentado y están en el mismo corazón del imperio, en Roma; son ya miles quienes han dejado el paganismo, incluyendo algunos romanos. Esto es peligroso para el imperio y se hace necesario destruirlos. Se intenta hacerlos desistir con los más bárbaros y sofisticados martirios. Los cristianos se ofrecen nuevamente en holocausto por el perdón de las culpas de todos. En el año 312 el emperador Constantino hace del cristianismo la religión del Estado romano. Cristo ha vencido sin armas al imperio.

Pasan siglos, a lo largo de los cuales el pueblo judío, que sigue esperando en la diáspora al Mesías, sufre persecuciones y martirios, encerrado en sus *ghettos*. Siguen los holocaustos, que hacen de la violencia el castigo divino a sus propios pecados. ¿Vendrá el verdadero Mesías? En la diáspora, este pueblo hace de su sufrimiento la inspiración para crear muchas de las grandes expresiones de la cultura occidental y universal.

Así llegamos a la mitad del siglo xx, donde ocurre la más atroz de las persecuciones por obra de Hitler, caracterizada por limpieza étnica, genocidio, hornos crematorios, campos de concentración como Auschwitz y todo lo necesario para borrar de la tierra a este pueblo terco. Violencia que a la vez es origen de la desatada contra pueblos de otra raza y cultura desde la segunda Guerra Mundial.

Y una vez más el Señor perdona a su pueblo y castiga y aniquila al verdugo. ¿Israel volverá a renacer en sus santos lugares para siempre? Las potencias vencedoras, las del llamado Mundo libre, imponen su propia hegemonía a lo largo de la tierra, incluida Tierra Santa, que se encuentra enclavada en una zona de extraordinaria riqueza debido al petróleo. ¿Por qué no dar a este pueblo esa tierra prometida y perdida hace dos mil años? Este pueblo se podría encargar de cuidar para el Occidente la extraordinaria riqueza que guarda en sus entrañas.

El sionismo ha puesto en marcha los reclamos judíos para recuperar los hogares y tierras de las que fueron expulsados por los romanos hace dos milenios. En este tiempo las tierras fueron ocupadas por otros pueblos que nada tenían que ver con la diáspora y el holocausto judío. Sin embargo, los judíos deciden hacerse de esas tierras que consideran suyas, arremetiendo con violencia y terrorismo contra sus ocupantes.

Esa tierra está poblada principalmente por gente del desierto, descendientes del mismo Abraham, que también engendró al pueblo judío. Salieron del desierto siguiendo a un profeta, Mahoma. Éste conocía las Sagradas Escrituras de Israel y el Evangelio de Cristo, descubriendo que ambos se complementaban; por tal motivo, la pugna entre judíos y cristianos debía terminar. Lo expresa el Corán, en donde surge una nueva y poderosa fuerza religiosa que quiere ser conciliadora, el islam. Y con él se levanta un nuevo imperio que se extiende por Medio Oriente y penetra hasta España.

En este nuevo y poderoso imperio, el pueblo judío encuentra hogar y respeto, tal como el Corán exige para todos: los otros son semejantes y hay que respetarlos como queremos que nos respeten a nosotros, dice; sin embargo, añade algo terrible: pero si no te respetan, ¡acábalos!

El islam como imperio desaparece en el siglo xx, sucumbiendo ante los occidentales.

Israel tiene el perdón de Yahvéh y la venia de las potencias para permanecer y mantener en orden el lugar. Es la hora de la venganza por la violencia y despojo sufridos. Pero no castiga por todo este sufrimiento a la Roma que los dispersó, porque ya no existe, ni a la Alemania que quiso exterminarlos, sino a los pueblos que se resisten a ser expulsados de sus hogares y tierra, como ellos fueron, siendo por esa razón masacrados y desterrados.

La venganza es contra los árabes del desierto y contra los que ocupan Tierra Santa, los palestinos, que nada tienen que ver con los filisteos de los tiempos bíblicos, y éstos a su vez para defender sus hogares y sus vidas se ofrecen en holocausto, enfrentándose fundamentalistas judíos contra fundamentalistas islámicos, ocasionando guerras de odio y exterminio.

Israel, para no volver a sufrir como en el pasado, hace lo que llama guerras preventivas, que consisten en invadir a sus vecinos, antes de que ellos intenten lo mismo. Los dispersa, persigue y sacrifica como hicieron con ellos en Auschwitz.

¿Va a continuar esta infame guerra de odios, que no beneficia a los pueblos que la hacen y sí a las potencias dueñas de la riqueza de su suelo? “No nos quieren aquí”, dicen los judíos llegados de Europa, Estados Unidos, Latinoamérica y otros lugares de la tierra reclamando un derecho perdido hace siglos. No pueden querer a gente que sólo busca desplazar a los ocupantes. Pero ya están allí. ¿Por qué no reconciliarse con esta gente que tiene un pasado común, y son inclusive hermanos? Quienes han vuelto de la milenaria diáspora llevan consigo la también milenaria experiencia obtenida en las tierras en donde han nacido y vivido. Experiencia extraordinaria para desarrollar la región común como ya lo han hecho en el territorio bajo su hegemonía; pero ahora en beneficio de todos y no de extraños.

¿Quiénes son los titulares de los derechos humanos?

LA globalización no es algo extraño al género humano como tal, y no se puede enfrentar como se enfrentan los fenómenos naturales; es algo que la gente que forma la humanidad ha generado con sus ambiciones y la resistencia a las mismas. Esto se expresa en la Declaración Universal de Derechos, aprobada y proclamada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948.

¿Quiénes son los titulares de esos derechos? “Considerando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana, éstos son los titulares de los mismos”; luego se enumeran estos derechos.

El todo culmina con una advertencia: “Nada en la presente Declaración podrá interpretarse en el sentido de que confiere derecho alguno al Estado, a un grupo o a una persona, para emprender y desarrollar actividades o realizar actos tendientes a la supresión de cualquiera de los derechos y libertades proclamadas en esta Declaración”.

Naciones Unidas es la institución en la cual tienen representación todas las gentes y los pueblos que habitan la tierra y deben contar con instituciones de derecho que se encarguen de vigilar y hacer cumplir estos derechos, pero no de usar esta función en beneficio e intereses de los encargados de la justicia. Y esto vale para cualquier juez, por alta que sea su categoría.

Los titulares de estos derechos no somos simplemente usted o yo, sino todos. Esto significa que mi derecho tiene como límite el de usted y los otros, como el mío, el de ustedes. No puedo reclamar derecho alguno sin respetar el mismo en los otros.

Con la creación de Naciones Unidas se cumplió el compromiso del llamado Mundo Libre con los siempre explotados pueblos de la tierra que ahora daban su sangre, pero no para mantener la misma situación, sino para poner fin definitivo a ésta.

Promesa que las potencias olvidaron una vez terminada la segunda Guerra Mundial, a la que siguió la Guerra Fría entre las potencias vencedoras por el control total del mundo y luego la Guerra Sucia para someter a los pueblos bajo su hegemonía.

Esto es lo que ahora enfrentan pueblos como el nuestro y originan interrogantes como el que nos hacemos. Las potencias no sólo se empeñan en imponer sus intereses, sino que buscan justificaciones morales para violar derechos que debían ser garantizados, montando perversamente sobre los mismos.

No se violan, nos dicen, se garantiza su vigencia condicionándolos a sus propios intereses y esto lo avalan tribunales que se suponía defenderían tales derechos. De esta violación hizo gala Estados Unidos, cuya Suprema Corte anuló la mayoría electoral y con ello el derecho del pueblo a elegir.

En México, un pueblo mestizo, y por ello más rico, se margina y confina a una parte de su identidad mestiza, el indígena, diciendo que lo

hace en su beneficio para que no se extinga su especie, como si en lugar de ser gente fueran animales.

¿Quién tiene la culpa de estas violaciones? ¿La globalización que ya no pueden controlar quienes la originaron con sus ambiciones? ¿El neoliberalismo, como si el *neo* no indicase que para mantener el desarrollo hay que compartirlo? Porque la Tercera Vía es la obligación de mantener el desarrollo compartiendo con todos sacrificios y beneficios.

El Papa, la esperanza como mito y la desacralización

¿QUÉ vio el Pontífice de la Cristiandad, Juan Pablo II, distinto de lo que vieron con pasión algunos evangelistas y misioneros que llegaron a América? ¿Qué vio en esta región de América que es México, frontera con la América Sajona y que ha encomendado a Santa María de Guadalupe, Reina de México y Emperatriz de América?

Las evangelistas y misioneros, en su fervor, vieron el ignorado continente como tierra poblada por gente abandonada al demonio por la Providencia, por razones que sólo la Providencia conoce. El tropiezo de España con esta tierra y sus habitantes hacía patentes los designios de la Providencia otorgando a la España mestiza, católica y ecuménica, la misión de arrancar al demonio las almas de estas personas. Vieron que en sus templos y altares oficiaban demonios. Sobre estos santuarios habrá que levantar templos cristianos y de esta forma salvar las almas de esta gente.

La redención será encomendada a piadosos señores españoles. Tarea que no sería fácil porque se trataba de hacerse comprender por la gente de otra raza, cultura, lengua, hábitos y costumbres. Entre algunos de los que se encargarían de esta encomienda surgió la pregunta sobre la compensación por los desvelos de su piadosa tarea. La compensación sería el uso de los cuerpos, fuente de todo pecado. Esto se discutió en las grandes Universidades de España como Valladolid y Salamanca. Juan Ginés de Sepúlveda frente a fray Bartolomé de Las Casas.

Juan Pablo II, Pontífice de Roma, ha visto otra cosa. No vio ídolos ni demonios, sino balbuceos de Dios, la Providencia, que está en las diversas mitologías existentes. De ellas el maestro de Alejandro de Macedonia, Aristóteles, dedujo el Primer Motor, que mueve todo sin ser movido. Así ha sucedido en la milenaria historia de la humanidad, dando origen a las diversas religiones a lo largo y ancho de la tierra.

En una extraordinaria expresión ecuménica, el representante de Jesucristo en Roma convocó en el Santuario de San Francisco de Asís

a los representantes de estas religiones, incluidos budistas, hinduistas y animistas, condenando juntos el uso del nombre de Dios para justificar la violencia terrorista y represiva. ¡Dios no es de unos! ¡Dios es de todos! ¡Dios con todos! Éste ha sido el extraordinario mensaje a la humanidad emitido en la Basílica de San Francisco de Asís, en la Basílica del Santo de los Pobres, no por pobre, sino por compartir lo que sabía es de todos, en especial con los más pobres de los pobres.

A los pobres, en especial, invitó el Pontífice de Roma, en su última visita a México, fin de 1999 e inicio del 2000, a un banquete en la Explanada de la Basílica de Guadalupe. La diversidad de piel, hábitos, costumbres, lengua y cultura de esta gente no se iguala a la de sus descubridores y colonizadores, menos aún a la de los puritanos que los vieron como algo inferior al hombre, como parte de la flora y fauna para utilizar, desbrozar y destruir, como bestias de carga o alimañas que deben ser exterminadas. Esta gente ha demostrado que no lo es.

El Papa ve sobre el continente reencontrado en 1492 a gente con alma para redimir, que es lo más nítido del cristianismo que predicaron sus seguidores a lo largo y ancho del planeta. No es lo que se vio y discutió en Salamanca y Valladolid. Menos aún la visión puritana que en Europa origina la intransigencia de la Iglesia de Estado, secularizada por el emperador Constantino. Gente que se considera abandonada por Dios y lo busca dentro de la difícil naturaleza que enfrenta. Un Dios propio que premia o castiga por la capacidad de imponerse a tal naturaleza, o a hombres vistos como parte de la flora y fauna que hay que domar o desbrozar, si no demuestran ser sus semejantes con los hechos.

La visión redentorista española y la pragmática del puritanismo es rebasada por la visión ecuménica del Pontífice de Roma y abarca a la totalidad de la gente, que en sus diversas expresiones hace patente su humanidad.

El Papa extendió las palabras que en su última visita a México dijo a los mexicanos, a todo el continente y al mundo. Recuerda cómo en Roma se alza sobre el Templo dedicado a Minerva el de Santa María sopra Minerva. Sobre el Panteón romano el cristiano. No como algo sobrepuesto, sino algo expreso en los múltiples dioses de su mitología: griegos, latinos, como en toda Europa y Asia, África, Oceanía y América.

En México, como en el resto del continente, se hace evidente esta sobreposición, como a lo largo del brazo que une el norte y el sur hasta Lima. La Nueva España sobre Tenochtitlan, capital del imperio azteca. Este lugar lo señaló el Papa para realizar la canonización del

indio Juan Diego, como símbolo de la Raza Cósmica, del mestizaje que originó la conquista y colonización española.

Esta visita es la que el Pontífice ha aplazado, pero no cancelado. Sobre las razones de este aplazamiento debería nuestro gobierno reflexionar; por el contrario, se ha apresurado a señalar la fecha y el posible lugar donde puede ser realizada la canonización para que todos los mexicanos puedan gozar del espectáculo, el banquete que cubrirán todos los medios de información del mundo.

Banquete que no es al que invitó el Papa en su última visita y en el cual no estarán los que espera el Papa, los más pobres de los pobres, los indígenas, que simboliza en la canonización de Juan Diego. Pero sin Papa no hay banquete. Políticos y prelados invitados no podrán ser vistos.

Algún prelado dijo que el Papa sí vendrá, lo que pasa es que está muy viejo, enfermo y cansado, por ello aplazó la visita, pero vendrá cuando se reponga un poco. ¿Cansado el Papa que acaba de convocar y reunir a representantes de las diversas religiones monoteístas del mundo en Asís?

Se vuelven a suscitar dudas, no sobre la causa del aplazamiento, sino sobre el mito de Juan Diego y de la misma Guadalupana. ¿El Papa lo piensa así?, pues ni modo, hay que respetar sus deseos, tenga o no tenga razón.

¡Esto es arbitrario!, contrario a la fe, insisten los opositores a la canonización. Sí, pero hay que hacerlo, si no viene, no hay foto. Ya se ofrecen testimonios de la existencia de Juan Diego. No era un indio cualquiera, sino un noble de la estirpe de la realeza azteca.

¡Mitos, puros mitos que sólo pueden justificar milagros como el de hacer ver a ciegos y dar vida a muertos! ¿Justifica estos milagros la existencia del doble mito, la Guadalupana y Juan Diego?

¿Pero, es más extraordinario hacer andar a un pueblo y dar sentido a su existencia, pese a que fueron paralizados por el impacto de la conquista y colonización? Es llevar la esperanza a pueblos como el nuestro.

Los empeñados en desacralizar el mito lo convierten en superstición, ya que de no hacerlo se afectarán sus mezquinos intereses. Esto sucede aquí y en cualquier lugar del mundo con sus múltiples y diversas mitologías, como balbuceos de un Dios único, de una Providencia para todos.

En Asís el Pontífice de la Cristiandad convocó a gente de diversos credos para que se pronunciasen juntos contra el uso de la Providencia para justificar tanto el terror fundamentalista de los talibanes como a

los que hacen violencia y reprimen en nombre de Dios. Una Providencia iracunda que infunde terror en lugar de amor.

Gente siempre excluyente de pueblos en los que sólo busca su propia clonación o prolongación. “Gente, dice el Papa, que se niega a incluir a los pobres al banquete del consumismo, a gozar de los beneficios materiales que ha traído el progreso”. Pero los tiempos han cambiado, ahora la energía atómica también la tienen en Asia varios pueblos que saben ya hacerla mejorar y recrear.

Es este cambio el que aterra a los antes exclusivistas dueños de estas tecnologías. Lo grave es que antes sólo era chantaje e instrumento del orden propio, mientras que ahora ya se está usando para resolver problemas de fronteras, lo cual puede originar el infierno con los demonios sueltos que todos llevamos dentro.

El regreso del Papa, de los pobres más pobres

EN la fecha indicada y el lugar escogido, el Papa Juan Pablo II regresará a México, según la promesa hecha al término de su última visita al finalizar el año 2000 e iniciarse el 2001, casi al término del gobierno del presidente Ernesto Zedillo. El Papa vendrá a canonizar a Juan Diego, símbolo de la raza que era parte de la identidad de la Virgen mestiza de Guadalupe, Reina de México y Emperatriz de América. Por ello se hará en la Basílica, erigida en su honor, y en la Ciudad de México, levantada sobre la capital azteca, Tenochtitlan.

El Pontífice había visitado México varias veces y sabía de la sucia manipulación de que eran objeto los mexicanos llamados indígenas. Lo que restaba de la gente como Benito Juárez se había ido incorporando a la Nación que se estaba formando, muchos de ellos sumando su sangre a la sangre vertida en la gran gesta que fue la Revolución Mexicana iniciada en 1910. A la diversidad de las razas y culturas que se encontraron en esta región de América, como en un gran crisol se fundieron y mestizaron, para forjar su rica identidad.

Los esfuerzos para impedir su emergencia por parte de Estados Unidos y Europa Occidental fueron genocidios que se extendieron a lo largo de la tierra contra las diversas razas, hábitos, lengua y culturas. Brutalidad que se globalizó en dos grandes guerras mundiales. Luego la Guerra Fría y la sucia, ésta para buscar, más que materias primas y mano de obra barata, mercados en los que nuestra gente debía ser obligada a consumir.

En su penúltima visita en el 2000, el Papa vio lo que se hacía para marginar a pueblos indios y mestizos, en México, cabeza de la región

de América que confina con Estados Unidos. Cabeza que se transforma en taladro y penetra en las entrañas de la Nación blanca, anglosajona y puritana, imponiendo su identidad mestiza.

A los más pobres de los pobres, cuando no podían ser exterminados, se les aislaba en reservaciones. De las cuales existen múltiples testimonios, no sólo en Estados Unidos, sino también en otras regiones donde llegaron los colonizadores de la Europa occidental. No así los colonizadores mestizos que llegaron de la Europa mestiza, de España y Portugal, que sumaron a su mestizaje el de los pueblos con los que tropezaban, aunque con arrogancia.

En la economía de mercado se mantienen las reservas. Pero ahora en supuesta defensa de la identidad de los marginados, sus hábitos, costumbres, lengua y cultura para que no se extingan y los que hacen esfuerzos para integrarse a la Nación son presentados como violadores del derecho de los marginados a ser tales.

Era lo que enfrentaba el presidente Ernesto Zedillo en los altos de Chiapas con un supuesto levantamiento indígena, que reclamaba su derecho a la marginación. Todo fue para imponer las máximas ganancias en Tratados de Libre Comercio, en los que las ganancias deben repartirse equitativamente sin condicionamientos o pretextos ajenos.

La promesa del regreso del Papa Juan Pablo II, para canonizar a los pobres en la simbólica figura de Juan Diego, tropezaría con mayores obstáculos en la emergencia de un candidato de ultraderecha en México que amenazaba tomar las calles de todo el país e iniciar una Revolución en sentido contrario a la de 1910. Candidato que fue electo por la ciudadanía como una alternativa contra la corrupción que había hecho imposible que todos los mexicanos compartiesen los frutos de la triunfante Revolución Mexicana.

Tras ella, en 1929 se creó un Organismo Concertador de los intereses de los diversos caudillos que luchaban por el poder contra los más fuertes de los caudillos. De este Organismo surgieron los grupos de poder que se sirvieron del mismo para imponer sus mezquinos intereses. Por ello la sociedad civil, equivocadamente, vio en el candidato ultraconservador una alternativa para frenar la corrupción.

Pese a esa corrupción, la Revolución hecha gobierno alcanza en el 2000 la democracia, garantizando la validez del voto secreto de los mexicanos. El gobierno encabezado por Ernesto Zedillo reconoció el triunfo del candidato Vicente Fox, el cual sorprendido dijo que todo lo que había dicho anteriormente era propaganda de campaña. Por el contrario, gobernaría para todos los mexicanos.

Sin embargo, el presidente hizo pronto patente su extraordinaria capacidad para la mercadotecnia, que conocía como ejecutivo de la Coca Cola. Empezó a vender la imagen de un presidente católico, que comulgaba ante todos los medios. En la visita de Estado que hizo Fox al Vaticano, el protocolo le explicó que el Papa lo recibiría, pero a su esposa la saludaría después. No le gustó esto e hizo patente su enojo en la tribuna central de la Plaza del Vaticano, desde donde el Papa habla a sus feligreses.

¿Qué pasaría ahora con la visita del Papa a México? La respuesta no se hizo esperar, el secretario de Gobernación anunció al Vaticano las condiciones para dicha visita que no sería en la Basílica de Guadalupe, por estrecha. Entre las alternativas para la canonización estaba Texcoco, un lugar insalubre y fangoso, donde se pensaba ampliar el aeropuerto de la ciudad. Opciones que el Papa debía aceptar para su visita. La televisión mexicana difundió imágenes del lugar como una negativa para su visita. Se dijo entonces que la visita papal se haría como se hizo en Moscú, con la imagen virtual del Papa, desde Roma.

El gobierno actual cuenta con el apoyo de un clero semejante a los Cuerpos de Poder que junto con el Ejército mantuvieron el largo coloniaje español. Este clero puso en duda la existencia de Juan Diego y lo absurdo de su canonización.

El Papa había puesto en marcha una campaña ecuménica, convocando a todas las religiones de la tierra, incluido el budismo y el hinduismo, contra la campaña puritana que desde Estados Unidos encabeza George W. Bush. Esta campaña fue puesta en marcha en la Basílica de San Francisco, el Santo de los pobres, en Asís. Allí estaban las religiones, que como la de Cristo prefieren su propio sacrificio antes que la violencia, y todos coinciden en una Providencia universal que no quiere violencia ni siquiera contra la violencia.

Era urgente la visita del Papa a México, pero del modo en que éste lo había prometido hacer. El Protocolo del Vaticano visitó México y habló, en primer lugar, con el secretario de Gobernación. La decisión, dijo, había sido hecha por la Iglesia mexicana. El Papa vendrá, dijo el Vaticano, pero sólo al lugar que eligió, al Santuario de la Virgen de Guadalupe, desde donde envió la Virgen su mensaje a los más pobres de los pobres. En cuanto a la canonización de Juan Diego, éste es el símbolo de los pobres. Porque todo esto hizo posible el mayor milagro, la emergencia de una nación como México.

No había nada que discutir, si no venía el Papa la canonización se continuaría en el Vaticano. ¡Bueno, dijo la Curia, si el Papa, por su vejez y mezquindad, no quiere que todo México asista a la canonización,

qué se le va a hacer! Al menos no seremos responsables de su posible y cercana muerte.

Así culmina la posibilidad de la visita del Papa de los pobres, que él considera deben dejar de serlo para disfrutar de las maravillas de la tecnología de nuestro tiempo, como lo puede ya hacer la mayoría de la gente.

La Guadalupana, Juan Diego y el Papa

El Papa Juan Pablo II, Sumo Pontífice de la Cristiandad, ha venido a México varias veces. La cuarta vez en 1999 bajo el gobierno del presidente Ernesto Zedillo, víspera de cambios que hicieron patente el desarrollo económico alcanzado y la puesta en marcha de la democracia.

En cada visita el Santo Padre mostró gran afecto por la gente que forma el pueblo mexicano. Afecto por un país que se destacaba en la historia por la hondura de su recio mestizaje. Mestizaje expreso en la Virgen de Guadalupe. ¡México siempre fiel!, decía el Papa.

Visitó México después de su visita a Cuba en 1998 para rescatar a un pueblo, no del comunismo, sino de la larga injusticia que se le había impuesto en la Guerra Fría y se continuaba terminada la misma. Ofició en la Plaza de la Revolución, por encima de la cual estaba la efigie del Che Guevara.

En 1999 trajo a México un mensaje en defensa de la identidad mestiza mexicana expresada en la Guadalupana y el indígena que es parte de la misma. Identidad puesta en jaque por una economía de mercado controlada por los países ricos, que ofrecen Tratados, que deben ser entre iguales, condicionados por exigencias que marginan a la gente por su origen racial y cultural.

Poco antes de su penúltima visita a México hizo una exhortación a “las instituciones nacionales, internacionales y centros que controlan la economía mundial para que asuman planes y proyectos para garantizar una mayor distribución de la riqueza de la Tierra”. “El Señor —dijo— prepara un banquete para todos los pueblos, nuestros pensamientos van especialmente hacia aquellos excluidos del banquete del consumismo de cada día, a todos los que no han compartido los beneficios materiales que ha traído el progreso”.

Clara alusión al problema que estaba enfrentando México frente a Estados Unidos y gentes de la Europa Comunitaria en relación con los Tratados de Libre Comercio. Exigencias semejantes a las que por siglos

impuso la misma España mestiza, marginando a la gente que es parte del mestizaje, los indígenas.

Marginación exigida en supuesta defensa de los derechos humanos de los marginados, para que no perdiesen lengua, hábitos y costumbres. Esta exigencia se pone en marcha el 1° de enero de 1994, en relación con el TLC firmado con Estados Unidos. Desde los Altos de Chiapas, rica en esta gente, un supuesto guerrillero sin rostro amenaza al sistema originado de la Revolución de 1910, cuyas metas fueron corrompidas por quienes provocan el mismo alzamiento armado.

Provocación que origina la crisis económica de México en diciembre del mismo año. La manipulación fue resistida dentro del mismo sistema que se quiso desestabilizar. El guerrillero sin rostro parecía quedar desempleado. No fue así, era útil para manipular los Tratados.

Ernesto Zedillo fue el primer presidente electo de México por voluntad ciudadana, a pesar de las amenazas del enmascarado que trataba de mantener en jaque lo que el presidente con su partido quería enderezar.

El mensaje del Papa es contrario a la marginación de sus amados indígenas. Se trata de abrir, no cerrar a éstos los beneficios del desarrollo. Del México de la Guadalupana fue portavoz Juan Diego, la Virgen mestiza no podrá serlo sin la gente a la que habló por este indio.

¿Por qué este mensaje, en especial a México, y a la América mestiza de la que es parte? “Por estar más próxima a Cristo y su palabra” —contesta—, “por ser fenómeno de unidad”. “Porque México es un país donde la fe católica sirvió de fundamento al mestizaje que transformó a la antigua pluralidad étnica e integró la nación que ahora es México”. “La ciudad de México fue erigida en el mismo sitio donde antes fue una ciudad mexicana y fueron los aztecas los primeros poseedores de estas tierras”. “Los descendientes de los que fueran poseedores de estas tierras tienen derecho a ellas y a sus frutos, como parte que son de la nación, como lo es el resto de los mexicanos”. Fue a partir de esta integración que se integró a toda América.

Agregó el Papa: “Junto con sus hermanos obispos de México y toda América vengo a postrarme ante la tilma del beato Juan Diego. Pediré a Santa María de Guadalupe, al final de un milenio fecundo y atormentado, que el próximo sea en el que México, América y el Mundo, se abran vías seguras de fraternidad y paz”.

“Postrado ante la morenita del Tepeyac, Reina de México y Emperatriz de América, encomiendo los de toda la Nación y este continente les ayude a caminar, unidos por esas sendas seguras y llenas de luz”.

La canonización la haría el Santo Padre este año, el 2002, tras haber quedado suspensa y supeditada a instancias vaticanas. Se habla de razones de salud del Pontífice, pese a que está más activo que nunca, como lo mostró en Asís. El aplazamiento preocupa al actual gobierno de la República, que ofrece sus mejores oficios para resolverlo.

¿No será mejor, en una honda reflexión, preguntarse si no han cambiado las circunstancias que originaron el compromiso del Santo Padre de la Cristiandad? ¿No ha cambiado el horizonte a que dio origen la democratización del país? Ha arribado legítimamente al gobierno gente que habla e insiste en el cambio. ¿Cambio hacia el futuro o el pasado?

Ominosas son las primeras expresiones de este cambio. Es un grupo que parece empeñado en hacer patente toda la mercadotecnia que permite vender todo lo que ofrece, a gente convencida de la bondad de sus productos. Se hizo patente en el inicio del gobierno, destacando actos religiosos que deben ser de la intimidad de la gente.

Luego se agrega la mutilación del Escudo de la Nación que plasma su origen, el expresado en el Códice de la fundación de Tenochtitlan. El águila sobre un nopal devorando a una serpiente. En la Colonia se hablaba de españoles e indios, ahora se habla de mexicanos e indígenas. Todo cubierto por los medios de información virtual.

La primera visita de Estado al Vaticano se hace con la misma tecnología de mercado. En la tribuna de la Plaza de San Pedro, desde donde habla el Pontífice, la tecnología difunde imágenes que deben ser también de la intimidad de la gente. No se pone fin a la provocación en Chiapas. Se le denuncia con el *zapatour*, pero se invita al provocador a que participe en el mismo.

Ofrece a éste hacer todo lo que pida, obviamente la marginación indígena que condicionan sus Tratados. Todo para proponer un proyecto económico, para dar a los ricos lo que es de los ricos y a los pobres lo que es de los pobres.

¿Puede el Pontífice de la Cristiandad aceptar ser parte de esta mercadotecnia? ¿Porqué no aceptar el pasado inmediato en lo positivo, el que fue regado con la sangre de mexicanos de todas las etnias y culturas?

No se medita, por el contrario, se manipula la que debe ser obligada presencia del Santo Padre. Se le da fecha y posibles lugares para la canonización del beato Juan Diego. En él insisten políticos y prelados que han preparado el fastuoso banquete en que obviamente no estarán los más pobres de nuestros pobres.

¿Existe el mito guadalupano y el indígena al que dio su mensaje? El Papa Juan Pablo II ha dado la más extraordinaria muestra de su ecumenismo, cuando convocó a la reunión a líderes religiosos de toda la Tierra, en Asís, para enviar juntos un llamado a la verdadera paz y contra la violencia de cualquier especie, como el terrorismo que usa a Dios en apoyo del mismo.

Dios no es de ninguno, Dios es de todos. El Papa habló en nombre de un Dios que tomó carne y murió por todos. Existen otras expresiones del mismo. Juntos estaban musulmanes, judíos, budistas, animistas hindúes y africanos.

El Pontífice de Roma resumió la reunión diciendo: “Queremos dar nuestra contribución para alejar las nubes del terrorismo, del odio, de los conflictos armados, nubes que en los últimos días se han adentrado particularmente en el horizonte de la Humanidad”.